

fueron muertos por el Conde, una vez que se hubo restablecido de su enfermedad. Como se puede observar de nuevo, la mujer es el centro de la desgracia y culpable de situaciones tan poco nobles como la del asesinato, aunque fuera por restablecer el honor perdido:

“Argentina, ya condesa de Castilla, no tan pagada del conde como él lo estaba de ella, correspondió ingrata a su fortuna; a los halagos del conde, siempre esquiva, melindrosa a sus favores y zahareña a su voluntad. Mala pinta en mujer propia y poco calor de honrada: que despegos con el marido siempre amenazan desdichas.”¹⁷

D.Cristóbal lleva el tema de la misoginia hasta sus últimas consecuencias, cuando equipara la hermosura de la mujer con el vicio, ya que todo signo de belleza en las damas conduce a un estado de escándalo y frenesí. Con todo ello, no repara nuestro escritor en salvar estamento alguno y presenta de igual forma al labriego y al príncipe; ambos embebidos en la hermosura de una mujer, de la cual podrá brotar cualquier crimen atroz. Así pues, al tratar la historia de las dos Juanas de Nápoles nos dice Lozano:

“Pocas hermosuras hay a quien no afee la desenvoltura, haciendo la que es gracia de naturaleza escándalo del vicio. Hermosura, gentileza y estado, todo grande bien se deja entender a cuantos príncipes y reyes traerían engolosinados y perdidos y quizá fueron más dichosos los reprobados que algunos de los efectos.”¹⁸

Si el demonio debía aparecer, tendría que ser disfrazado de mujer, puesto que la sensualidad se convierte en un instrumento válido para derribar a cualquier hombre. Tomar la hermosura, el donaire, la gracia y todos los atributos de una mujer era para el demonio una batalla que casi ya tenía librada. Termina D.Cristóbal en esta digresión igualando al demonio con la mujer por la forma de tentar al hombre:

“Como sabe que la sensualidad vence a Sansones, derriba Davides y al Santo más penitente le pone en apretura, quiso embestirle con ella, y para esto se disfrazó de mujer. Por sí mismo quiso hacer el tiro y no fiarlo de mujeres, que aunque hay muchas que para el caso son demonios y hacen caer al más presumido, no quiso en esta ocasión fiarse de ellas, descartándolas, quizá, por ser mudables; de donde puede inferirse que las que tientan con desenvoltura y con descoco son demonios, no mujeres.”¹⁹

Por último, con ese carácter moralizador y didáctico del que hace gala

¹⁷ “El Conde Garci-Fernández”, Parte I, Capítulo XIII, en *David perseguido y alivio de lastimados*. Madrid, 1661.

¹⁸ “Las dos Juanas de Nápoles, Parte I, Capítulo XIII, Título II, Ejemplo II, en *David perseguido y alivio de lastimados*. Madrid, 1661.

¹⁹ “De las formas y disfraces que toma el demonio para engañar a los fieles”, Parte II, Capítulo V, en